

Conviene mucho acostumbrarle á que vuelva cuando se le llama, bien por medio de un silbido ó con la voz: si no acude se le atrae de diversos modos; se sujeta un conejo al extremo de una pértiga y se le introduce en la galería; el animal no resiste nunca á la tentación, muerde y se le puede coger desde luego.

En Inglaterra no se emplea solo el huron para cazar el conejo en su madriguera, sino también para ahuyentar las ratas, y mejor aun, para luchar con ellas, pues los verdaderos ingleses son muy aficionados á presenciar la lucha de estos dos animales. Me han asegurado que pocos hurones se pueden utilizar para esta caza, sobre todo cuando llegan á conocer lo que son los mordiscos de dichos roedores voraces de larga cola. El individuo que solo ha cazado conejos no sirve para las ratas, pues las tiene miedo; se le ha de educar expresamente, á cuyo efecto se le acostumbra á luchar antes con las pequeñas á fin de que le sea más fácil la victoria.

El instinto sanguinario, natural en el huron, facilita la enseñanza, su valor acrece, y bien pronto adquiere suficiente destreza en su lucha con las ratas para entretener agradablemente á sus nobles maestros. Las ratas viejas acostumbran á retirarse á un rincón; se alejan momentáneamente de su adversario, y acaban por herirle si es inexperto; pero un buen huron está siempre alerta, no le espantan estos espachines corridos, y sabe en qué momento puede apoderarse sin peligro de su astuto enemigo. Rodwell habla de luchas entre varias ratas grandes y un huron célebre que llegó á matar cincuenta en una hora. Véase lo que dice: «Los roedores estaban encerrados en una caja cuadrada de tres metros de diámetro por uno de altura; soltóse el huron en medio y comenzó la lucha. Era admirable ver con qué plan empezó el animal su trabajo. Algunas de las ratas mayores eran miserables cobardes y se rendían sin defensa, y otras, que no eran todavía del todo adultas, peleaban como tigres y estas llamaban particularmente mi atención. El huron recibió varios mordiscos muy fuertes que solo sirvieron para acrecentar su rabia. Con los ojos brillantes de cólera, cogía por la nuca á uno de sus enemigos, que lanzaba un chillido y espiraba. Algunas veces, ponía la pata encima á fin de sujetarlas, y parecía divertirse al ver sus esfuerzos para morderle; luego pasaba como un relámpago entre todas las ratas, hundía los dientes en el cuello de alguna, oíase un grito de agonía, y una nueva víctima aumentaba el número. En lo más recio de la pelea, una rata vieja y experta se acercó al carnívoro, é indignada sin duda al ver sus destrozos, quiso vengarse. El huron acababa de coger á una de sus compañeras y le clavaba los dientes, cuando la otra rata se lanzó sobre su enemigo, infiriéndole en la cabeza una profunda herida de la que salió un chorro de sangre. El huron muerde entonces con más rabia á su víctima y recibe una segunda dentellada; pero entonces divisa á su nuevo adversario, y precipitase sobre él loco de furor. Sucedióse entonces un tumulto indescriptible: no se vieron ya sino formas negras en medio de las cuales resaltaba de cuando en cuando el pelaje más claro del huron; oyéronse sus gruñidos y los chillidos de las ratas; muchas trataron de salvarse, la confusión iba creciendo, pero el número de ratas que se movían disminuía, sus cadáveres se iban amontonando, y antes de una hora cubrían el suelo cincuenta ratas, y por supuesto, también el valiente luchador que en la confusión no se había podido distinguir.»

Ya tengo dicho que al cazar el conejo encuentra el huron á menudo adversarios que han elegido por domicilio alguna madriguera abandonada; y así puede darse el caso de hallarse frente á frente de un veso; mas entonces empéñase una lucha terrible entre los dos, pues son tan fuertes y diestros

el uno como el otro, por cierto con gran pesar del dueño del individuo domesticado de la familia de las martas, porque tiene motivos de temer por la vida de su auxiliar de caza.

Cierto cazador refiere el siguiente hecho: «Un huron que había soltado yo en una madriguera de conejos, permanecía tanto tiempo en ella, que perdí la paciencia y supuse se habría echado á dormir; di fuertes golpes en tierra para despertarle, y entonces reconocí que no era culpa del animal. Parecíame oír los gruñidos de mi huron, acompañados de otro rumor cuya causa no me explicaba, y como aumentase cada vez más, pude convencerme de que en la madriguera se hallaban dos animales. En efecto, bien pronto vi al huron, que se agitaba en el fondo de la guarida, luchando con un enemigo, al que trataba de sacar fuera, á pesar de la resistencia que este le oponía. Por fin salió, y vi con asombro que se había cogido con un veso macho; mordiábase el uno al otro y ninguno parecía dispuesto á ceder. Diviséme á poco el



Fig. 278.—EL HURON

veso é hizo ademán de volver á entrar, arrastrando á mi huron, pero éste se resistió y trajo otra vez á su antagonista hasta la entrada de la madriguera. El veso pudo más al fin y se llevó á su contrincante, desapareciendo ambos de mi vista; ya no oía yo nada, é inquietábame por la suerte del animal, cuando le ví aparecer por tercera vez con su enemigo. Un combate desesperado empezó en la boca de la galería; mi huron combatía con incomparable habilidad, y ya creía ver la derrota del otro, cuando de repente soltó la presa, y se dirigió hácia mí con el pecho desgarrado, mientras el veso permanecía á la entrada de la madriguera sin perseguirle. Entonces disparé contra él mi escopeta, pero me falló el tiro y desapareció el animal sin tocarle, abandonando á su adversario.»

**CRUZAMIENTO CON LOS VESOS.**—A pesar de estas luchas, los hurones y los vesos se aparean muy fácilmente y producen mestizos muy apreciados de los cazadores. Véase la figura 279, que representa uno de estos mestizos. Se parecen más al segundo de estos animales, y solo difieren del primero por tener el pelaje más claro en la cara y el cuello, y los ojos negros y más brillantes. Tienen las cualidades de sus padres; se domestican mejor y no huelen tan mal como los vesos, á la par que son más fuertes y valerosos y menos frioleros que los hurones. Su intrepidez es increíble: precipítanse furiosamente sobre el enemigo que encuentran en la madriguera, cogiéndose á él como sanguijuelas; pero también se enojan á menudo contra su amo y le muerden.

## LAS COMADREJAS—MUSTELA Ó GALE

**CARACTÉRES.**—Las comadrejas, que según opinión de algunos naturalistas forman un género especial, y cuando no, siquiera un subgénero (*Mustela* ó *Gale*), son todavía más esbeltas y estiradas que las demás martas ó mustélidos; su cráneo es un tanto más delgado y en la parte superior más angosto; el diente carnívoro superior difiere por su forma un poco del de los vesos; pero á estas diferencias se limitan también todos los distintivos entre los dos grupos. Todas las especies prefieren buscar sus moradas en los campos, huertas, en huecos que se forman en la tierra, en grietas de pe-



Fig. 279.—EL VESO-HURON

ñas, entre piedras y en pilas de madera; cazan casi tanto de día como de noche, y aunque sean animales de rapiña pequeños distingúense por su valor y rapacidad, tanto que bien pueden pasar por el verdadero retrato típico de la familia.

### LA COMADREJA COMUN—FETORIUS VULGARIS

**CARACTERES.**—La comadreja comun (*Fetorius vulgaris*; *Viverra* y *Mustela vulgaris*; *Mustela Gale, nivalis* y *fusilla*) alcanza una longitud total de 0<sup>m</sup>,20, de los que tocan 6<sup>m</sup>,045 á la cola. El cuerpo, extraordinariamente estirado, parece, á causa de la forma de la cabeza y del cuello casi iguales, aun más esbelto de lo que es. Casi de un mismo grueso desde la cabeza hasta la cola, solo aparece el cuerpo un tanto más entrado en los ijares en los individuos adultos, y un poco puntiagudo en el hocico. Descansa sobre piernas muy cortas y delgadas con patas en extremo delicadas, cuyas plantas son peludas entre los ténares de los dedos y estos armados de uñas delgadas, puntiagudas y afiladísimas. La cola viene á tener la longitud de la cabeza, yendo en disminución desde la raíz á la punta. La nariz es chata y hasta cierto grado partida por un surco longitudinal. Las orejas, anchas y redondeadas, se hallan insertas en los costados de la cabeza y muy atrás; los ojos oblicuos son pequeños pero brillantes. Un pelaje medianamente largo y liso cubre todo el cuerpo y solo cerca de la punta del hocico aparece un poco más espeso. Hay que notar también las cerdas largas alrededor de los ojos y algunos otros pelos cerdosos debajo de ellos. El color del pelaje es pardo rojizo; pero blanco el borde del labio superior, toda la parte inferior del cuerpo y las caras interiores de las piernas. Detrás de cada extremo de la boca hay

una mancha pequeña, redondeada y parda, y á veces se observan también puntos pardos aislados en el abdomen que es de color claro. Es insignificante el cambio del color en los países templados y meridionales, pero hácia el norte tiene la comadreja como su congénere más próximo un pelaje de invierno con manchas de color pardo blanquizco, sin ostentar empero la hermosa punta negra de la cola que tanto distingue al armiño.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—La comadreja se halla extendida por toda Europa, y abunda en todas partes, aunque menos que en el norte de Asia.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Habita indiferentemente en las llanuras y montañas, en los campos y en los bosques, en los lugares habitados y en los desiertos. En todas partes encuentra un asilo conveniente; segura está de hallar por dó quiera un refugio para librarse de sus enemigos mayores, y sabe acomodarse en él. Alójase en los árboles huecos, en los montones de piedras, en los edificios ruinosos, en agujeros á orillas de los arroyos y balsas, en las toperas, en los agujeros de las ratas y de los hamsters, y en invierno en granjas, pórticos, sótanos y cuadras, debajo de los tejados, etc., y hasta en el interior de las ciudades. Si se cree segura en un cantón, anda todo el día, mas en el caso contrario no sale sino de noche, ó si acaso lo hace de día, es con la mayor cautela.

Es fácil procurarse el gusto de observar este animalito, pasando atento y sin hacer ruido por los sitios donde se alberga. Se oye un susurro poco perceptible en la hojarasca y se ve pasar como rápida sombra un pequeño sér pardo, que al apercibirse del hombre se para atento, y se levanta sobre sus piernas traseras para extender más su horizonte. Por lo regular no se le ocurre huir á aquel pigmeo, antes al contrario es valiente y orgullosa su mirada; y aun toma una expresión provocadora. Cuando alguien se le acerca mucho, tiene á veces hasta la osadía de aproximarse también y mirar á la persona que le molesta con un descaro indescriptible como si quisiera pedirle explicaciones de lo que tiene que hacer allí.

Más de una vez ha sucedido que este animalito temerario ha atacado al hombre mismo y no lo ha soltado sino al cabo de una larga lucha; y también se le ha visto agarrarse con sus dientes á las piernas de las caballerías que ve pasar sin que las soltara, hasta que después de mucho trabajo y gracias á los esfuerzos reunidos del caballo y del hombre que lo montaba ha podido lograrse desprenderle. A este valor se une una presencia de espíritu incomparable, pues la comadreja siempre encuentra una salida, y jamás se da por perdida aunque se vea entre las garras de algún ave de rapiña. Por supuesto que el azor robusto y rapaz gasta pocas ceremonias con ella, pues en comparación con aquella ave es un sér por demás débil; la coge con sus garras sin tener que temer el menor peligro, y la atraviesa con sus uñas ó la estrangula antes que la pobre pueda volver en sí; pero las rapaces menores harán bien en andar precavidas cuando sientan deseos de atrapar una comadreja. Un observador vió á un águila precipitarse sobre un campo, y de allí elevarse otra vez al aire con un pequeño mamífero en las garras; de repente empezó á vacilar el ave y su vuelo se fué haciendo irregular hasta que cayó muerta en tierra. Al punto corrió el observador sorprendido al sitio, pudiendo ver que escapaba alegremente una comadreja. El animalito se había salvado abriendo á su terrible raptor la arteria carótida. Observaciones análogas se han hecho en urracas que habían sido bastante atrevidas para atacar á tan pequeño animal, pero que no habían contado con la huésped, pues hubieron de pagar con su vida la proyectada comilona.

Lenz refiere un ejemplo muy instructivo de un duelo desigual que trabó un día una comadreja:



«A una comadreja bien repleta la eché un hamster, que sería tres veces mayor: apenas divisó á su enemigo, junto al que parecía un pigmeo, precipitóse contra él lanzando un grito, y le saltó á la cara, mientras que el hamster se defendía á dentelladas. La comadreja le mordió en el hocico, quedándose cogida á él, y los dos combatientes rodaron por el suelo, llenándolo de sangre: servíanse de sus piés á guisa de armas ofensivas, y tan pronto estaba debajo la ligera comadreja como el pesado hamster. Al cabo de dos minutos soltó presa la primera, mientras su enemigo se ocupaba ante todo en limpiarse la nariz enseñando los dientes; mas aun no había acabado de hacerlo, aun no había tenido tiempo para limpiarse, cuando el pequeño pero atrevido adversario volvió á la carga y se agarró al mismo sitio. Durante un cuarto de hora revolcáronse por el suelo; se agitaron dando bufidos y gritando, sin que se pudiese reconocer quién sería el vencedor; por momentos se oían crujir huesos, y la agilidad con que se defendía la comadreja, y la fatiga creciente del hamster, parecían indicar que la ventaja estaba de parte de la primera. Por fin á los pocos momentos soltó la presa de nuevo, retiróse cojeando á un rincón y se echó allí; tenía rota una de las patas delanteras y el pecho cubierto de sangre. Su contrario se colocó en el extremo opuesto, limpióse su hocico hinchado y dejó oír una especie de estertor; por fuera de la boca le colgaba un diente, que se desprendió á poco. El combate había quedado indeciso, pero ninguno de los dos adversarios se hallaba en disposición de comenzar la lucha de nuevo. Cuatro horas despues murió la valiente comadreja, que tenía todo el pecho destrozado por las uñas del hamster; y cuatro mas tarde sucumbió este último; su hocico estaba despedazado, habíasele caído un diente y otros dos se movían, quedando solo uno firme, mas no tenía otras heridas.»

Inútil parece decir que un animal tan audaz y valeroso ha de ser una fiera verdaderamente temible, y la comadreja lo es. Tiene declarada la guerra á todos los pequeños mamíferos, haciendo entre ellos frecuentemente terribles carnicerías. Mata y devora ratones domésticos, de monte y del campo, ratas, topes, hamsters pequeños, liebres, conejos; de la clase de las aves roba pollos, palomas, alondras y todos aquellos pájaros que anidan en tierra, sin perdonar tampoco los nidos que encuentra en los árboles. Entre los reptiles persigue á los lagartos y á las culebras; acomete á la misma vibora, aunque sucumbe á consecuencia de repetidas mordeduras venenosas, come ranas y peces, y se alimenta, en fin, de toda especie de carne, incluso la de sus semejantes. Los articulados son una golosina para ella, y cuando puede atrapar cangrejos, sabe muy bien romperles la cubierta.

Merced á su escaso tamaño y agilidad, hace fácilmente todas estas cosas, pudiendo decirse que ningún animal pequeño está seguro en el lugar donde ella habita. Persigue al topo hasta los mas apartados rincones de su palacio subterráneo; á las ratas en los agujeros que les sirven de refugio; coge los peces en su mismo elemento, y se apodera de los pájaros en medio del follaje. Corre con mucha agilidad, trepa fácilmente y nada muy bien; revuélvese con la rapidez del relámpago, salta á larga distancia, y puede así coger su presa, ó escaparse de sus enemigos. Su mayor fuerza reside en su capacidad de pasar por las rendijas y agujeros mas estrechos, pudiendo así meterse por todas partes, y á esto se agrega su valor, ferocidad y sed de sangre para hacer de tan diminuto animal el ladrón mas consumado.

Se ha observado que las comadreas cazaban á veces juntas: de todos modos, es seguro, segun se ha dicho antes, que viven en sociedad y se reúnen en gran número en algunas partes.

La comadreja coge los animales pequeños por la nuca ó

cerca de la cabeza, y si son algo grandes trata de morderles en el cuello, cortándoles las carótidas. Taladra por diversos sitios la cáscara de un huevo y se bebe el contenido sin deramar una gota; asegúrase que se puede llevar los huevos pequeños introduciéndolos en la boca, y que si son demasiado grandes se los pone entre la barba y el pecho. Conténtase con beber la sangre de los animales de gran tamaño sin tocar á la carne; mas tratándose de los pequeños, los devora enteros. Nunca soltará una presa en que haya hincado el diente, y parece inquietarse muy poco de que la vean. En una iglesia de Oxford se observó una vez cierta comadreja, que durante el servicio divino apareció súbitamente, y desapareció luego por una abertura que conducía al cementerio; algunos minutos despues se la vió entrar con una rana en la boca que devoró con la mayor calma. Con frecuencia se la ve cazar sin temor en las inmediaciones de las casas.

El período del celo comienza para las comadreas en el mes de marzo: cinco semanas despues, en mayo ó junio, da á luz la hembra de cinco á siete, á veces solo tres, y otras hasta ocho hijuelos, que nacen con los ojos cerrados. La madre pare en un tronco hueco, en un agujero ó en un sitio bien oculto, donde prepara de antemano un lecho de paja, heno ú hojas en forma de nido. Manifiéstase muy cariñosa con sus hijuelos, amamantándolos mucho tiempo, y durante varios meses los alimenta con los ratones que lleva vivos. Si se descubre su cria, la oculta en otro lugar, trasladando á los pequeños uno á uno en la boca. En caso de peligro los defiende con un valor que excede á toda ponderación.

Cuando llegan á tener cierta talla estos animalitos tan monos, juegan de día con su madre, y es entonces muy curioso ver á toda la familia corriendo por los prados á la luz del sol, sobre todo en aquellos donde abundan las toperas. Por cada agujero asoma una cabecita, con sus brillantes ojos que examinan los alrededores; y si todo parece tranquilo, salen las comadreas una á una y corren por la pradera. Las pequeñas se provocan, se muerden, se persiguen y despliegan ya toda la agilidad que les es propia; al menor ruido del observador oculto, por ejemplo, si tose ó da una palmada, se precipitan hácia su agujero y en dos segundos desaparecen todas. Mas no se crea que es larga su ausencia: á poco asoma una cabeza á la entrada de una madriguera, luego otra y despues una tercera, hasta que al fin salen todas, se cercioran de que hay tranquilidad por fuera, y bien pronto se halla reunida la pequeña familia. Si vuelve á oirse el mismo rumor, ya no se alarman; enardécense cada vez mas y continúan por último sus juegos á presencia del observador.

**CAUTIVIDAD.**—Cuando se cogen jóvenes las comadreas, pueden domesticarse: los naturalistas han repetido con Buffon, que no era dado educarlas; pero esto es un error demostrado por numerosos hechos, si bien no carece de todo fundamento, pues es cosa rara tener comadreas cautivas, no porque sea difícil cogerlas, sino porque apenas resisten la pérdida de su libertad. Yo por mi parte he hecho toda clase de esfuerzos para conservar una comadreja algun tiempo; le he procurado los sitios mas á propósito; le he dado el alimento mas conveniente sin olvidar ni un momento los mas exquisitos cuidados y la mayor circunspección y no pude lograr mi objeto. Un día ó dos, á veces tambien algunas semanas todo va muy bien; pero llega un momento en que sobrecojen al animal violentos espasmos que acaban por causarle la muerte. Mi opinion es que la causa principal de esta a-tonía se ha de buscar en su excesiva excitabilidad; la comadreja muere, por decirlo así, de tedio. Es diferente cuando se crían comadreas pequeñas, si cabe aun ciegas, es decir, si se dan á una gata pacífica para que las amamante; entonces, como se habitúan desde tan pequeñas al hombre, se vuelven

extraordinariamente mansas y son unos animalitos encantadores. De las varias relaciones que nos hablan de estos animales me ha parecido una, escrita por una mujer, la mas graciosa. Wood la publica en su *Natural History* y de ella extracto lo siguiente:

«Cuando pongo un poco de leche en el hueco de la mano mi comadreja bebe con avidez, pero no toca á este líquido si se lo doy de otro modo. Una vez repleta se duerme: está comunmente en mi cuarto, y he hallado medio de combatir con sustancias odoríferas el mal olor que despide. De día duerme en el interior de un almohadon, en el cual ha conseguido penetrar; de noche se deja introducir en su jaula donde duerme en una lata vacía, de malísima gana, y sale de ella por la mañana con alegría. Cuando la ponen en libertad antes de haberme despertado yo, se acerca á mi cama, y despues de retozar y de hacer mil diabluras, se desliza por debajo del cobertor para apoyarse sobre mi mano ó mi pecho. Si estoy despierta, consagra media hora á colmarme de caricias: juega con mis dedos como un perrillo, se sube á mi espalda, trepa por mi brazo ó mi cintura con una ligereza y una gracia sin igual, y cuando le pongo la mano á la distancia de un metro, salta á ella sin caerse nunca. Demuestra tener mucha habilidad y astucia para conseguir el objeto que se propone, y con frecuencia se complace en hacer aquello que le está prohibido, como si la desobediencia la diera un especial gusto.

»Observa todo lo que pasa; mira por cada abertura y examina cuantos objetos ve. Si conoce que fijan en ella la atención, deja de saltar y se echa; mas apenas vuelve á despertarse, manifiesta la misma viveza y comienza nuevamente sus juegos. Nunca la he visto de mal humor sino cuando la encierran ó la incomodan, en cuyo caso produce un ligero murmullo, muy distinto del que emite cuando está contenta.

»Reconoce mi voz en medio de otras veinte; me busca y salta por encima de las personas que están entre ella y yo; juega conmigo de la manera mas divertida y me hace caricias imposibles de explicar; con sus dos patas delanteras me acaricia á menudo la barba y me mira con cierta expresion, que revela perfectamente el placer que siente. De este placer y otras mil finezas, me convenzo que su cariño es verdadero y no ilusion mia. Cuando ve que me visto para salir, no quiere separarse de mí, y nunca puedo desembarazarme de ella fácilmente, pues como es muy astuta, se esconde cerca de la puerta, y apenas paso, me sigue al momento, esforzándose en permanecer conmigo.

»Por su viveza, su agilidad y su murmullo particular, aseméjase mas á las ardillas. Durante el verano corre toda la noche por la casa, pero cuando comienza á dejarse sentir el frío, no observo en ella la misma actividad. Parece gustarle el calor: tan pronto como los rayos del sol llegan á mi cama, se echa donde la toquen de lleno y se la oye murmurar algun tiempo.

»No bebe agua sino cuando no le dan leche, y siempre con mucha moderación. Diríase que solo quiere refrescarse un poco y que tiene miedo de los líquidos; aunque le gusta beber leche en mi mano, no la toma nunca sino gota á gota, y por eso no pongo á la vez mas que una pequeña cantidad. Es probable que se beba así el rocío cuando se halla libre. Una vez llené una taza de agua llovida, é invité al animal á que se bañase, pero se negó á ello; humedecí entonces un paño, se lo extendí en el suelo y se revolcó sobre él con sumo gusto.

»Es extremadamente curiosa: no se puede abrir una caja ó un cajón, ni mirar siquiera un papel sin que la atención de mi comadreja se fije al instante en él. Para atraerla á cual-

quier sitio, bástame coger un diario ó un libro y mirar atentamente; el animal llega al momento, se pone sobre mi mano y contempla tambien lo que yo miro.

»Debo añadir que juega gustosa con un gatito y un perrillo, los cuales son bastante grandes; se sube encima de ellos, trepando por la cola y por las piernas sin atormentarlos nunca.»

Wood dice además que esta comadreja se alimenta de carne, y que la come mas á gusto de manos de su ama.

Este no es el único ejemplo de comadreja perfectamente domesticada: cierto inglés tenía una que fué cogida muy joven y le seguía por todas partes. Otras personas aficionadas á los animales han poseído tambien comadreas, á las que dejaban correr libremente por la casa, y hasta salir cuando querían.

Tratándola bien se puede conservar una comadreja cuatro ó seis años, lo cual hace suponer que en estado libre alcanzará una edad de ocho á diez años.

**CAZA.**—Por desgracia la gente ignorante persigue sin tregua á este útil animalito, que además se coge con gran facilidad en trampas, poniendo por cebo huevos, pajaritos ó ratones. Tambien es frecuente encontrarle en ratoneras, donde se ha introducido por casualidad. Seria menester proteger con vigor este animal tan notable por la gran utilidad que reporta, ya que puede afirmarse sin vacilar que ningún otro es tan beneficioso para la caza de ratones como la comadreja, utilidad que compensa el daño que causa cuando por casualidad penetra alguna que otra vez en un gallinero ó palomar mal cerrados. Por desgracia es difícil combatir preocupaciones sean de la clase que fueren, sobre todo cuando son hijas de la ignorancia que no atiende á razones.

**PREOCUPACIONES.**—No es todavía bastante que se desconozca completamente la actividad verdadera de la comadreja, sino que además se recarga su historia con varias fábulas. Muchos creen que la comadreja pare sus pequeños por la boca, sin duda porque ven que la madre traslada sus hijuelos en la boca de un punto á otro; pero esas personas no se acuerdan del gato doméstico, que hace absolutamente lo mismo. Tambien existe la creencia de que á todos los animales que lleguen á tocar una comadreja ó sean mordidos por ella les salen tumores malignos; y bajo este concepto suele temerlas la gente del campo, especialmente por sus vacas, que segun dicen están mas expuestas á ser mordidas por las comadreas, las cuales son inofensivas en cuanto á esto. Segun Wuttke, la comadreja es, en opinion de las personas supersticiosas, un animal peligrosísimo; si el aire de su bufido toca á una persona se le hincha la cara, ó pierde la vista, ó bien morirá pronto; basta mirar á este sér para cegar ó caer enfermo. No debe llamarse á la comadreja por su nombre, pues si se hace así persigue á la persona que la ha nombrado, ó le dirige su bufido, y por esto se ha de saludar al animal diciéndole: «¡Dios te guarde, hermosa!» Tambien contamina con su aliento al ganado, que entonces enferma, y en vez de dar leche da sangre. La comadreja muerta á fuego lento cura tumores, y la sangre bebida todavía caliente, es remedio contra la epilepsia; el corazón arrancado á una comadreja viva, si se come en seguida, da el don de la profecía. Nada diré del charlatanismo de curandero que detalla el anciano Gessner, porque despues de lo que acabo de exponer bastará añadir que en siglos pasados casi cada parte del cuerpo del pobre animal tenía su aplicación en la medicina de entonces. En cambio creen en otros países los labradores que la presencia de una comadreja en una casa de labranza es señal de buena suerte, y los que así piensan conocen la verdad sobre este animal, en vista de sus útiles servicios mucho mejor que aquellos que se aferran á cuentos de vieja.